

# LORENZO SILVA



# CASTELLANO

DESTINO

Castellano

Lorenzo  
Silva

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1535

© Lorenzo Silva, 2021  
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2021)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

© de las citas de *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Miguel Delibes, 1979  
y Herederos de Miguel Delibes

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5956-1  
Depósito legal: B. 5.133-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por Egedsa  
Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Atisbos



Mi infancia transcurrió insensible a los campos de Castilla. Estaban ahí, debajo, pero los había borrado la piel de la ciudad, hecha de calles, aceras y edificios. En el Madrid que me vio crecer la porción de tierra aún no urbanizada adoptaba la fisonomía del descampado, que siendo en apariencia semejante representa todo lo contrario del campo. Este es una extensión apenas perturbada por la excepción de las casas. El descampado es la excepción que resiste a la extensión del ladrillo. De hecho, ninguno de los descampados de mi infancia existe ya: todos han sido ocupados por bloques y urbanizaciones. Son hoy inviiables los peligros e imprudencias a los que allí nos exponíamos a diario.

En mis primeros quince años de vida apenas tuve contacto con más Castilla que la arrollada y aniqui-

lada por la pujanza de la capital que siglos atrás le nació en medio, que poco a poco se fue convirtiendo en otra cosa y que también tiene su historia, pero no es esta. El madrileño, o el madrileño que yo fui, difícilmente se sentía castellano, aunque le diera tiempo a estudiar aquella geografía que incluía a Madrid en la región de Castilla la Nueva. El libro del colegio podía decir misa: lo que había cuando bajaba uno a la calle, en mi barrio y en cualquier otro, era una mezcla de gentes de procedencia dispar e identidad dispersa, amontonada en un paisaje urbano sin más rasgos distintivos que la velocidad a la que bullía e iba devorando descampados.

Podía advertir la diferencia cuando iba, varias veces por año, a una tierra que sí era algo y lo proclamaba en cada rincón de sus pueblos, sus campos y sus costas. Siempre que viajaba a Málaga, la tierra de mis antepasados paternos, notaba con intensidad el sabor de Andalucía, desde el momento en el que cruzábamos el paso de Despeñaperros hasta el instante en que aparcábamos el coche bajo el balcón de la casa de mi abuela y durante todo el recorrido entre ambos, en Jaén o en Granada. No era sólo el acento de la gente, el enlucido de las fachadas o la luz que estallaba entre los olivares. Allí se palpaba una conciencia y una comunión en torno a la idea de ser andaluces, al margen de las rivalidades provinciales de rigor, que no tenían equivalente en Madrid, donde transcurría sin asomo de un sentimiento tal mi existencia.

La mejor prueba de que ser andaluz era algo la tenía en el hecho de que por mucho que me empeña-

ra, y aun hallándose allí mis raíces, no logré nunca sentir que era uno de ellos, en igualdad de condiciones. No sólo me delataba mi habla: tampoco estaba imbuido de lo que en ellos era espontáneo y consustancial, un carácter que reconocía en mis primos o mis tíos y que a mí, por obra de mi sangre mesetaria y de mi barrio madrileño, me estaba poco menos que vedado. Siempre estuve a gusto allí, siempre fui con ganas y con ellas sigo volviendo, incluso con emoción al ver la Alameda, el barrio de la Trinidad donde nació mi abuela o el perfil de los montes que vieron crecer a mi abuelo. Sin embargo, nunca fui capaz de engañarme y de decirme: soy andaluz. Lo que yo fuera, era otra cosa, desdibujada y tal vez sin nombre.

En esos años también fui a la tierra de mis ancestros salmantinos. Incluso al pequeño pueblo, Sanchón de la Sagrada, donde vivieron y se conocieron mis abuelos. Pero tan sólo ocurrió una vez; mi madre ya había nacido en Madrid y su vínculo con la tierra de sus mayores era menos estrecho que el de mi padre con la ciudad donde había crecido. Influía también que para pasar el verano nos llamaba más la playa que la meseta, y que casi toda la familia de mi madre vivía en Madrid y la de mi padre estaba en su mayor parte en Málaga. De ese único viaje, allá por mis once o doce años, recuerdo el pueblo mínimo de casas humildes, el paisaje de las dehesas con sus toros bravos, los conejos que abundaban por doquier, el mastín enorme que tenía el tío de mi madre y las cabras a las que guardaba y protegía. La brevedad de la visita y su singularidad me hicieron percibir más

esos detalles que el alma de la tierra que había sido de los míos. Me llamó la atención su despoblación; también la simpatía, más comedida y menos chispeante que la de mi familia andaluza, de mis parientes castellanos. Y la plaza Mayor de Salamanca, que paramos a ver a la ida o a la vuelta.

Eso fue todo hasta el verano de 1981, cuando me fui a pasar un mes de campamento al aeródromo de Villafría, al lado de Burgos. En mi recuerdo, fue esa experiencia la que me proporcionó mis primeros atisbos conscientes de lo que era o podía ser Castilla. Recorriendo el paseo del Espolón con su estatua del Cid, admirando la catedral o el conjunto de Covarrubias, adonde fuimos de visita cultural. Y sobre todo, viviendo día a día allí, bajo la inclemencia del julio burgalés. Nos lo dijo alguien del aeródromo que era de la tierra: «En Burgos, nueve meses de invierno y tres de infierno». La dureza del calor, que apenas aliviaba la brisa del anochecer, y la conciencia de que en ese mismo sitio, en diciembre o en enero, tiritaban hasta las piedras, me invitaron a imaginar hasta qué punto quienes de allí eran estaban forjados en la ausencia de agasajos y hechos a aguantar y apretar los dientes.

Fue uno de esos días de fuego, en alguna de las excursiones a las que nos llevaban, cuando tuve, vívidamente, la impresión de recoger mi primer atisbo de lo que era o podía ser el prototipo del castellano. Andaba a la sazón yo, más que sediento, deshidratado y al borde del delirio, cuando avisté una fuente de cuyo caño manaba un generoso y sonoro chorro de agua. Poco menos que me abalancé hacia ella, e

iba ya a beber de su caudal como si no hubiera un mañana, cuando se me encendió la lucecita que advertía que, antes de probar líquido alguno, el juicioso excursionista, y a mí me habían enseñado a serlo, se cerciora de que es potable. Para decirlo todo, la idea me acudió a la mente al percatarme, cuando ya iba a aplicar los labios a aquel chorro, de que un paisano me observaba desde un banco con remota curiosidad.

El caso es que me detuve y, como por allí en ese momento no había nadie más y parecía del lugar y entendido, decidí dirigirme a él. Lo hice como me habían enseñado mis mayores, disculpándome antes de nada por interrumpir su meditación a la sombra y preguntándole, por favor, si podía confirmarme o no que el agua de la fuente era potable. El hombre, de rostro adusto, piel curtida y edad indefinida entre los sesenta y los setenta, me miró de arriba abajo y dijo sin énfasis:

—Algunos beben.

No dijo más, ni me dio a entender que añadiría alguna aclaración suplementaria —por ejemplo, si los que bebían habían sobrevivido— en caso de que se me ocurriera demandársela. Siguió contemplando el infinito bajo la canícula y tanto me impresionaron su laconismo y su seca actitud que hoy es el día en que vuelvo a recordarlo y, como las otras muchas veces que lo he evocado, no consigo acordarme de si al final me contuve o me atreví a beber a pesar de la incertidumbre.

No era yo un adolescente tan atolondrado como para interpretar que todos los castellanos eran secos

y lacónicos; entre otras cosas, me lo impedía el trato con mi abuelo, un hombre austero, pero siempre cálido y de tierno corazón, como descubriría años más tarde, al ver el amor que en sus apuntes personales expresaba por sus hijos, los que le vivieron y los que no, y por su mujer, a la que perdió prematuramente. Sin embargo, sí tendía a intuir, quizá todavía tiendo, que los extremos de algo son indicativos de su esencia. Y si comparaba con el extremo de mi otra referencia familiar, el andaluz, que me venía dado por esos malagueños que sin conocerte de nada te contaban su vida entera en el trayecto de autobús urbano que compartías con ellos, partiéndose de risa y obligándote a reír con ellos, el resultado era que, sin dejar de sentirme extraño, sintonizaba más con estos que con la indiferencia granítica de aquel hombre hacia un pobre muchacho sediento.

Hay experiencias que por razones inexplicables, pero profundas, se quedan marcadas en el alma y moldean la mente. Digamos que desde ese día, y durante décadas, permanecí ajeno a cualquier conciencia y aun a cualquier lejana expectativa de sentirme castellano. Me fue dado luego viajar muchas veces por toda Castilla, y encontrarme a menudo en sus ciudades y pueblos, desde las capitales de provincia hasta los lugares más pequeños y deshabitados, pasando por sus monumentales poblaciones de tamaño intermedio, a multitud de personas cordiales y acogedoras. Y sin embargo, ahí se quedó en mi subconsciente aquel burgalés desabrido, al que no podía asimilarme y que me mantenía, a efectos de identidad, en ese limbo que muchos madrileños aceptamos

como nuestro hogar, nuestro carácter y también nuestro destino, sin mayores aspiraciones —ni necesidades— de sustituirlo por otro.

Tuvieron que pasar treinta años para que eso cambiara, gracias a otra experiencia singular que tuvo igualmente, pero en un sentido opuesto, valor de epifanía. Sucedió una mañana de invierno. Conducía bajo una espesa niebla por la A-4, atravesando la Mancha camino de Jaén, donde tenía varios encuentros con alumnos de secundaria. Había madrugado mucho y, después de oír las noticias y quedar saturado de ellas, decidí ponerme algo de música. Había cogido antes de salir de casa un par de discos compactos que había comprado hacía tiempo y que ni había llegado a desprecintar. No sé qué me llevó a escoger aquel, estaba todavía medio dormido cuando lo hice. Sí sé por qué me lo había comprado: estaba de oferta, tirado de precio, y me vino a la memoria que en mi juventud veía con cierta frecuencia, en el metro, los carteles que anunciaban los conciertos de aquel grupo, cuya música nunca había escuchado. Fue simple curiosidad, asociada a una de esas estampas de los años jóvenes que para el hombre maduro se tiñen de un valor especial, superior incluso al que en su tiempo tuvieron.

Me pareció que era tan buena compañía como cualquier otra para atravesar aquella niebla que apenas me permitía ver los campos de la Mancha. Saqué el CD, lo introduje en el reproductor y esperé a que sonara. Entró, sin música, una voz masculina. Reconocí el acento, muy similar al de mi abuelo y mis parientes salmantinos. Su entonación, contenida, en

absoluto cantarina, y sin embargo honda y vibrante. Y lo que aquel hombre dijo, de improviso y contra todo presentimiento, se me clavó en el fondo del pecho y acertó a abrírmelo en canal.

—Tú, tierra de Castilla —arrancó, con un ímpetu que me sacudió al instante—, muy desgraciada y maldita eres, al sufrir que un tan noble reino como eres sea gobernado por quienes no te tienen amor.

Sin poder explicarme entonces por qué, fue oír aquello, y luego el redoble de tambores que anunciaba la primera canción, y toda la piel se me erizó de golpe. Y así se mantuvo durante la mayor parte de la hora siguiente. Lo que me estremecía era la suma de todo: las voces, de hombre y de mujer; el habla, tan clara e inconfundible; la música, los ritmos, las letras de aquellas canciones que recorrían, sin concesiones y con esa derechura que de pronto reconocía como rasgo de familia, la historia más triste y amarga que jamás un pueblo tuviera para contar. Una historia que no me era desconocida, pero que nunca había visto a la luz que sobre ella proyectaban aquel poema épico y la música con que lo acompañaban. Tan rotunda e inapelable era la emoción que ni siquiera me permitía avergonzarme, como habría debido, por no haber sacado antes el tiempo de escuchar aquel disco, y mucho antes aún el de leer el poema que lo inspiraba. Me dejé transportar por la música de los instrumentos y de aquella lengua que con inaudita pureza era la mía y que despertaba mi sensibilidad hasta extremos insospechados.

Fue aquella mañana y así, conduciendo en soledad bajo la niebla y mientras veía a duras penas la

autovía, cuando atisbé con claridad lo que hasta entonces había permanecido oculto a mis ojos. Aquella era la historia de los míos, mi propia historia, y era inconcebible que hubiera tardado tanto en comprenderlo. De pronto entendía quién era y por qué, aunque aún no alcanzara a desentrañar el mecanismo que había desencadenado la revelación. Fue aquella mañana cuando nació este libro, la necesidad de reconstruir y narrar el itinerario, en buena parte invisible e inconsciente, que llevaba hasta aquella súbita conciencia; de averiguar el sentido que su intensidad me obligaba a atribuirle, para acarrear en adelante con algún provecho mi identidad inesperada.

Creen muchas personas, quizá demasiadas, que la más perentoria e importante de las tareas que les incumben es dejar constancia de sus logros, acaso con la vana aspiración de que el resto de la humanidad se los reconozca y agradezca. Siempre he creído, por el contrario, que nada merece tanto quedar atestigüado por cualquier persona como las deudas de gratitud que contrae con otros. Quede aquí constancia de la mía con Luis López Álvarez, autor del poema épico *Los comuneros*, y con los integrantes del Nuevo Mester de Juglaría, que le pusieron la música que aquella mañana de invierno vino a sacarme de la inopia. Ellos me hicieron ver que castellano nací y castellano he de morirme, conforme y contento de serlo y sin necesidad de restregárselo a nadie, porque es el de Castilla un pueblo que supo morder el polvo, en la más total e irreversible de las derrotas, al tiempo que ganaba el alma de cuantos viven y sueñan en

la lengua que le regaló al mundo y que quinientos años después andan ya por los quinientos millones.

Pocas derrotas y pocos triunfos, por lo que fueron, pero también por lo que no quisieron ser, hay más dignos de contarse y recordarse. Por eso, lector, dejando de lado otros asuntos, te invito ahora a retroceder cinco siglos, a los días que vieron nacer, del rechazo de Castilla hacia un monarca que le hizo sentir que sólo la quería para servirse de ella y de sus gentes, la gallarda y desdichada revolución comu-  
nera.